

ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA. CURSO EN EL COLLÈGE DE FRANCE (1992-1993) *Pierre Bourdieu. Fondo de Cultura Económica, México. 2023. Páginas 271.*

Recientemente, la editorial Fondo de Cultura Económica (México) ha publicado la traducción del curso que Pierre Bourdieu dedicó durante el ciclo lectivo de 1992 y 1993 con el título original: *Los fundamentos sociales de la acción económica*. El título guarda un cierto aroma weberiano que Bourdieu no dudará en destacar, pues el sociólogo francés continúa y profundiza algunas de las críticas que el pensador alemán había dedicado a los teóricos de la revolución marginalista de finales del siglo XIX.

Este curso está consagrado a criticar los principios de la racionalidad económica contemporánea inspirados en la revolución marginalista, para lo que el francés cita asiduamente a uno de sus promotores, León Walras. Bourdieu profundiza en la crítica de la teoría de la acción racional, que si bien no había ocupado un lugar señalado en su obra, sí había sido relevante en sus últimas investigaciones, pues la consideraba una teoría ultrasubjetivista al estilo de Sartre: “Esta teoría económica constituye pues una especie de panlogismo que pretende aplicarse a todo. Considera a los indi-

viduos, así como a los colectivos como agentes calculadores cuyas acciones es posible interpretar como orientadas por la búsqueda de la máxima ganancia” (p. 185).

Asimismo, estas clases continúan los trabajos que Bourdieu había consagrado al Estado durante sus últimos cinco años. Como leeremos a lo largo de este curso, Bourdieu polemizará con los economistas contemporáneos al entender que, a diferencia de lo pensado por los integrantes de la revolución marginalista y continuado por la segunda y tercera generación de pensadores austriacos, entre los que cabe destacar a Mises y Hayek, el mercado no es un orden espontáneo que condensa toda la información y el conocimiento social en el sistema de precios, sino que su existencia depende de la tutela de un Estado que tiende a la homogeneización, estandarización y pacificación (p. 175).

En este sentido, el objetivo de este curso consiste en analizar las discusiones alrededor de la economía, para poner de relieve los fundamentos reales y coherentes de la acción económica que, por otro lado, distan mucho de ser los prescritos

por los economistas contemporáneos. Así, se defenderá una antropología bien diferente, fundamentada en la idea de que toda acción vista como racional no necesariamente cabe discernirla desde los parámetros de la racionalidad. Si Bourdieu dedica el curso lectivo de estos años a esta cuestión es debido a que la figura del *Homo oeconomicus* volvió bajo la forma de la teoría de la acción racional.

Bourdieu critica los pilares de la teoría de la acción racional en la medida que para comprender las acciones humanas se apoyan en una profunda deshistorización de los agentes económicos y los universos sociales. De este modo, para tomar en consideración cualquier acción humana, también la acción económica más racional en las sociedades capitalistas de nuestro tiempo, es necesario rehistorizar la teoría antropológica en dos sentidos que abordará a lo largo del curso: 1) debemos introducir la génesis de las disposiciones de los agentes económicos que, por supuesto, no son naturales, pues toda acción racional parte de unas condiciones de posibilidad que permiten al agente discernirlas en base a los principios de ahorro y crédito, pues estas son invenciones históricas y no patrones de conducta adheridos a lo humano como piensan los marginalistas; 2) y, en segundo lugar, debemos analizar la génesis de los universos económicos, como el mercado, pues son instituciones creadas históricamente al calor de disputas.

Estos dos puntos serán las puntas de lanza de la crítica que emprende Bourdieu a la teoría de la acción racional, que presupone tanto un agente deshistorizado, preocupado por mantener acciones racionales y utilitaristas, como la existencia de la institución del mercado como un régimen universal y natural donde los agentes se desenvuelven espontáneamente y absorben todo el conocimiento mediante el sistema de precios. De este modo, el *Homo oeconomicus* tal y como lo describen los economistas contem-

poráneos se mueve perfectamente en las aguas de la economía, es un ser utilitarista que realiza acciones que generan la maximización de su inversión, sin percatarse que estas acciones no son naturales, ya que se requiere aprender las leyes del universo económico para lo cual surgirá una concomitancia entre las estructuras mentales de los agentes y la inercia de la economía: “Esto supone tres siglos de capitalismo, habitus socialmente constituidos para tener el cálculo a flor de piel y estar dispuesto, no sólo a no reprimir el cálculo, sino a realizarlo” (p. 45).

Para Bourdieu, el origen del error que cometen los integrantes de la teoría de la acción racional se produce con la revolución marginalista de Carl Menger, León Walras y William Jevons a finales del siglo XIX, cuando realizan el corte entre economía y sociología, cuestión que comparte con Max Weber, integrante de la conocida Escuela Histórica Alemana de Gustav von Schmoller: “A mi entender, la proposición según la cual todos los actos humanos tienen por principio la conciencia calculadora que apunta a la maximización de los intereses, en el sentido estricto de interés económico, es universalmente falsa, aun en el dominio de la economía” (p. 77).

En este sentido, Bourdieu apunta a que la teoría económica neoclásica es una reinención de Descartes en tres aspectos cruciales que el sociólogo criticará: 1) es deductivista, pues se basa fundamentalmente en el método matemático propio de la ciencia deductiva; 2) es ahistórica, ya que describe el mundo económico y las acciones de los agentes sin que importe el estudio histórico, 3) y la acción del agente es descrita como una conciencia que postula fines explícitos, determinados en gran medida por intenciones. En última instancia, la teoría neoclásica de corte cartesiana impulsa lo que Bourdieu entiende como “una antropología imaginaria”, esto es, explica la acción de los agentes económicos como si es-

tuvieran aislados dentro de un mercado instantáneo que se define como un lugar de formación de precios, y todo desde un punto de vista ahistórico.

Frente a la teoría neoclásica, Bourdieu propone un racionalismo ampliado o, dicho de otra manera, un racionalismo histórico que es anticartesiano en dos puntos: desde el punto de vista de la estructura del universo económico y desde el punto de vista del sujeto o el agente. En palabras del sociólogo francés: “Hay que sustituir el agente racional por un agente dotado de un habitus, y el mercado puro y perfecto por un campo económico tal como voy a describirlo” (p. 129).

Se tratará de sustituir la idea de mercado propuesta por la teoría marginalista por la comprensión de que es un campo de producción, un espacio de competencia entre productores por imponerse unos a otros y luego presentarse como los más adaptados para los consumidores. Así, Bourdieu retoma su clásica definición de campo como un espacio de luchas para su transformación en función de los intereses de cada uno de los agentes, realizando el desplazamiento del término de mercado al concepto de campo económico: “pensar la economía en la lógica del campo y ya no en la lógica del mercado, lo cual constituye el primer momento del movimiento hacia el cambio de paradigma que propongo” (p. 157).

Desde la perspectiva de Bourdieu, el mercado es una estructura de relaciones de fuerza entre los productores en lucha por perpetuar o transformar esa estructura, especialmente con relación al Estado, cuestión ajena a los pensadores de la teoría neoclásica y la teoría de la acción racional. Así pues, el mercado es una construcción social muy alejada de la realidad espontánea y natural de los neoclásicos, donde el Estado desempeña un papel fundamental: “El Estado regula los mercados, mantiene el orden moral

y la confianza en la economía entendida como un todo” (p. 175).

En gran medida, el Estado es el árbitro de todos los mercados, teniendo un lugar importante entre las empresas y sus formas de resolver los conflictos. Alejado de la visión liberal, para Bourdieu el Estado juega un rol principal en la construcción de la oferta y la demanda, ya que, puede incluso producir y orientar la demanda: “Las medidas estatales actúan sobre la demanda y el Estado afecta así las -oportunidades de acceso a la venta-, según los términos weberianos. Modifica la estructura de las relaciones de fuerza entre competidores por el acceso a la venta y no lo hace por casualidad, sino con arreglo a la relación de fuerza en el campo de producción que se expresa en esta política” (p. 178).

Una vez se ha explicado el primer desplazamiento que trata de realizar Bourdieu; a saber, el desplazamiento del concepto de mercado instantáneo de los marginalistas por la idea de que es un campo de fuerzas entre productores por encontrar una mejor posición dentro del espacio común, es conveniente exponer el segundo movimiento: la sustitución del *Homo oeconomicus* por un agente económico dotado de habitus o disposiciones: “la teoría del *Homo oeconomicus* es un ejemplo de la *fallacy* muy extendida en las ciencias humanas que consiste en poner el pensamiento de un científico en la cabeza de un agente” (p. 184).

El movimiento que realiza Bourdieu consiste en comprender que las decisiones económicas de las empresas, de los hogares o de los individuos no están regidas por las coordenadas de la conciencia racional del agente económico, sino que deben comprenderse desde el ángulo de sus habitus, como sistema de disposiciones que tiene un principio generador que es sistemático y práctico, que permite que exista una correspondencia entre las estructuras mentales de los sujetos y las inercias históricas que imperan en

el mundo social: “Hacer del habitus el principio de las elecciones económicas permite escapar a una serie de alternativas que me parecen funestas, por no decir mortales: la alternativa del individualismo y el colectivismo” (p. 188).

En este sentido, el habitus debe entenderse como un individual colectivo, es decir, que en cierto modo somos individuos colectivizados, debido a que las disposiciones socialmente constituidas son comunes. Si entendemos el habitus como un individual colectivo escapamos a la funesta dualidad entre individuo y sociedad. Esto es así porque hasta lo más individual contiene en parte lo social: “las subjetividades que somos son subjetividades socializadas y la idea misma de subjetividad es el producto de lo social” (p. 190).

Desde este punto de vista, es relevante comprender a los agentes sociales como trascendentales históricos, ya que, cada una de las categorías de percepción, de sensibilidad, la estructura de cómo se constituye el espacio social o la construcción del tiempo están socialmente constituidas y, en gran medida, son el resultado de la interiorización de las estructuras objetivas de los mundos donde actúan: “los agentes sociales son el producto de un trabajo de socialización que los hace sensibles a estimulaciones convencionales y condicionales” (p. 193).

En definitiva, el desarrollo de este curso se inscribe en el contexto histórico de la imposición de los principios de la teoría económica neoclásica no solo entre las ciencias sociales, sino en el campo político y en el espacio social. Los pensadores de la escuela de Chicago, donde destaca el intelectual numerosos veces citado en esta obra, Gary Becker, jugaron un papel muy relevante en las presidencias de Jimmy Carter, pero, sobre todo, de Ronald Reagan. Este curso de Bourdieu coincide con su involucración política y sindical en un momento de fuertes tensiones económicas y laborales,

con un movimiento huelguístico muy activo en estos años. Desde la publicación de *La nobleza de Estado* en 1990, Bourdieu cada vez presta más atención a las transformaciones neoliberales del Estado. Estas transformaciones se vieron acompañadas por la hegemonía del modelo del actor racional, completándose la batalla intelectual que habían jugado pensadores como Friedrich Hayek, Milton Friedman o Murray Rothbard.

David Del Pino Díaz
Universidad Antonio de Nebrija
dpino@nebrija.es